

¡Señora de todos los poderes divinos,
luz resplandeciente, mujer justa
vestida de brillantez,
amada por An y Urac!
¡Dueña del cielo, con el pectoral de grandes joyas,
la que ama el buen tocado propio de sacerdotisa en,
la que se ha apropiado de los siete poderes divinos!
¡Mi Señora, tú eres la guardiana de los grandes poderes
divinos!
Tú has asumido los poderes divinos,
tú has colgado de tu mano los poderes divinos.
Tú has recogido los poderes divinos,
tú has estrechado contra tu pecho los poderes divinos

Estos versos fueron escritos hace 44 siglos. Es el primer texto conocido de la historia humana. Su autora fue Enheduanna, primera teóloga, poeta, princesa y Suma Sacerdotisa en Ur, el centro religioso de Sumeria. Enheduanna vivió 300 años después de que se inventara la escritura en la antigua Mesopotamia, lo que ahora es Irak. Sólo 43 siglos después fue descifrada la escritura cuneiforme en que se escribieron y firmaron, sobre tablas de arcilla, hacia el año 2.300 a. C. A partir de 1926 se sucedieron los estudios y traducciones de sus obras, la más extensa la dedicada a la diosa Inanna.

Por eso, Ana Mañeru Méndez y Carmen Oliart, autoras y editoras de este libro, *Palabra de Diosa*, hacen un recorrido por veintidós poetisas de la historia, desde Enheduanna hasta nuestros días. El hilo que las une no es un itinerario equidistante en lenguas, tiempo o espacios. Es una genealogía de creadoras, engarzadas aquí por sus relaciones, por el gusto de leerlas o leerse entre ellas recíprocamente, de traducirse o de sentirse impelidas a escribir al saber de otra o de otras.

En la Introducción, las autoras dan cuenta del porqué de este libro, de modo claro, radiante y conciso, expresando su admiración por todas y cada una de las autoras seleccionadas, selección que por razones obvias no ha podido ser exhaustiva, ya que ese mágico hilo que las une como en un collar, recorre todas las culturas y las lenguas, para disfrute y arrebató de tantísimas mujeres, las que hemos tenido la suerte de conocerlas y leerlas. Escriben: “Luce Irigaray ha titulado uno de sus últimos libros *En el principio era Ella*, consciente de que el verbo, la palabra que estaba en los inicios, era Ella, la Diosa, no Él. Ya es tiempo de que todo el mundo conozca el origen femenino y materno de la lengua, de la lírica oral y musical -recitada y cantada por cada madre para tranquilizar y dar placer a sus criaturas- y de la literatura escrita más antigua que se conoce. Literatura, como sabemos ahora, escrita por mujeres que han dejado testimonio de su creatividad, autoría y excelencia.”

De Safo sí teníamos noticia, en Grecia y en los siglos VI-VII a. C. Del grupo de jóvenes cultas que mantuvieron relación, en Mitilene o en Lesbos, sólo nos ha llegado el nombre de la que pudo ser la maestra, Safo. Gustaban de la lectura y la poesía, aunque las unieron también los aspectos sensual y lúdico.

Viene luego Wallada, la princesa que creó el primer salón literario de la historia en una casa de Córdoba (siglos X-XI) y que llevaba bordados unos versos en su manto: “Yo, ¡por Dios! merezco la grandeza / y sigo orgullosa mi camino.” También en el siglo XII vivió y escribió Hamda Banat Ziyad de Guadix, a la que se cita siempre con su hermana. Son resabios del proceder androcéntrico de la cultura, que en muchos casos se contradicen al afirmar, por una parte que las mujeres de Al Andalus gozaron de mayor libertad, y por otra que cuando el objeto de sus poemas es femenino, ello es así porque “imitan” a los poetas varones. El mismo prejuicio se le ha aplicado a Bieiris de Romans, la *trobairitz* del siglo XIII, pues si los

trovadores cantaban a una dama, las poetas “debían de seguir” idéntico discurso. Todo ello conociendo el amor entre mujeres, y a pesar del precedente de Safo y después de Wallada.

En Brabante, en los siglos XII y XIII escribió Hadewijch de Amberes, la primera gran escritora de lengua flamenca. Hadewijch era beguina, una modalidad de mujeres espirituales que vivían individualmente o en pequeñas comunidades, los beguinatos, que pueden verse hoy en Ámsterdam. Su obra fue redescubierta ya en el siglo XIX: “El amor tiene siete nombres / que como sabéis le convienen: Lazo, Luz, Carbón, Fuego (...) Rocío, Fuente viva, Infierno...” Beatriz de Nazaret es una de las primeras místicas, de época medieval (siglo XIII). Contrariamente a la creencia de asemejar lo medieval a un tiempo oscuro, es en estos siglos, XIII-XIV, cuando la libertad femenina alcanza las cotas más altas, e incluso sobrepasa otras épocas cercanas. Beatriz vivió en Tienen (Bélgica) y escribió en su lengua, la flamenca, no en latín, un tratado místico, *Los siete modos de amor*, adelantándose a los y las místicas que vinieron después, aunque no fuese reconocida como predecesora ni maestra. En ese tratado Beatriz escribe del deseo, el amor, la cortesía, la fidelidad, la belleza y la escritura.

Teresa de Jesús, en el siglo XVI, escribió su *Camino de perfección*, *Las Moradas*, el *Libro de la vida*, *Las fundaciones* y por supuesto poesía. Pero hasta el siglo XX no fue reconocida como Doctora de la Iglesia (1970), pues siempre la autoridad eclesiástica recelaba de la escritura de las mujeres, no fueran a caer en herejía o algo peor. En Nueva España nació y vivió Sor Juana Inés de la Cruz, que no pudo realizar su deseo de estudiar en la universidad, lo que cambió por la vida religiosa, como ella misma cuenta: “Entréme Religiosa, porque aunque conocía, que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio; con todo, para la total negación que tenía al Matrimonio, era lo menos

desproporcionado y lo más decente, que podía elegir en materia de seguridad, que deseaba, de mi salvación.” De Sor Juana ha escrito y publicado María Milagros Rivera Garretas el volumen *Sor Juana Inés de la Cruz. Mujeres que no son de este mundo*, y después de ese libro nada hay que decir, sino leerlo y apasionarse por su vida y su obra. Sor Juana no fue tocada por el patriarcado ni en sus saberes ni en sus relaciones, y sí por la lengua materna, la escuela de las beguinas y la experiencia femenina libre. Pasó un tiempo en la corte de México siendo virreina la marquesa de Mancera. Pero lo más trascendental en su vida y obra fue su amor, correspondido, por otra virreina, María Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes.

En el siglo XIX, el hilo de la genealogía llega con dos Emily: Emily Brontë y Emily Dickinson. Brontë, la autora de *Cumbres borrascosas*, que publicó con el seudónimo Ellis Bell, murió muy joven. Fueron tres hermanas, que produjeron en Inglaterra las obras más importantes de la época victoriana. Brontë escribía también -como Emily Dickinson- poemas en trocitos pequeños de papel, pero hacia 1844 empezó a copiarlos en cuadernos, lo que indicaba ya su deseo de trascendencia. Emily Dickinson leyó a las 3 hermanas, Emily, Charlotte, Anne, junto a otras coetáneas como Elizabeth Barrett Browning, nacida en Inglaterra y que vivió también en Florencia y en París. Tanto Emily como Elizabeth usaron muy libremente las mayúsculas, los signos de puntuación, además de la métrica y la rima. Emily tenía en su casa un retrato de Elizabeth, y ésta fue también admiradora de George Sand, mientras Virginia Woolf escribió su libro *Flush* inspirándose en la obra de Elizabeth y en su perro de raza Spaniel.

Emily Dickinson vivió siempre en Amherst, Massachusetts. Sufrió violencia sexual por su padre y su hermano, abogados de prestigio, y esta misma editorial Sabina publicó *Ese día sobrecogedor. Los poemas del incesto*. Emily encontró amor e inspiración en su también cuñada

e interlocutora Susan Huntington Dickinson, y muchos de sus poemas están dedicados a ella. En vida, Emily publicó únicamente algunos poemas, pero los dejó ordenados y clasificados en paquetes atados con cintas. Sin embargo, fue necesario reconstruir las traducciones españolas yendo a los originales, pues después de su muerte y de la de Susan, los poemas fueron censurados por sus familiares. Traducción que debemos a Ana Mañeru y Milagros Rivera.

Juana de Ibarbourou nació unos años después de la muerte de Emily, y tuvo una vida difícil, pues sufrió también violencia física y psicológica por parte de su marido y su hijo. Tuvo mucho éxito con sus primeros libros, y en 1929 fue nombrada Juana de América. Así fue como tuve yo noticia de ella y de su obra en mi pueblo, Villanueva de Córdoba, en la voz del poeta Antonio García Copado, que vivía en Puerto Rico. Recitó poemas de Juana como “Raíz salvaje” y “El dulce milagro”. Y así fue como me dirigí por carta a doña Pilar Sarasola, librera y dueña de la librería Viuda de Luque en Córdoba, para que me enviara contra reembolso un libro de Juana de Ibarbourou, pues encontré en sus versos naturaleza libre, fresca, juego, y a veces también dolor. Recibí el titulado *Poemas*, antología editada en la colección Austral, que inauguró mi biblioteca personal y que todavía conservo. Su poema “La higuera” se hizo popular en el siglo pasado, pues se incluyó en libros escolares. Juana fue amiga de la poetisa cubana Dulce María Loynaz, con quien mantuvo relación epistolar. El discurso de ingreso de Dulce María en la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, titulado “Poetisas de América” incluía a Gertrudis Gómez de Avellaneda, Sor Juana, Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou.

Ernestina de Champourcin nació en Vitoria a principios del siglo XX y vivió en Madrid, donde fue secretaria y responsable de Literatura en el Lyceum club femenino que fundó María de Maeztu. Amiga de sus coetáneas

y socias del club Carmen Conde, Zenobia Camprubí, Concha Méndez y Rosa Chacel entre otras. Luego emigró con su marido a París y a México. Su poesía es en gran parte mística, y su archivo se encuentra en la universidad de Navarra. Tradujo también a Emily Dickinson y a Elizabeth Barrett Browning. Ángela Figuera Aymerich nació en Bilbao y vivió en Madrid. Uno de sus libros, *El grito inútil*, fue reeditado por Genialogías-Tigres de papel en 2018.

Todas ellas fueron antologadas por Carmen Conde, la poetisa de Cartagena, primera mujer que ingresó en la Real Academia Española, en 1978. En el libro *Poesía femenina española*, de 1971, conocimos a tantas, a todas las poetisas que escribían en ese momento. María Beneyto era una de las poetisas antologadas por Carmen Conde, nacida en Valencia el primer cuarto del siglo XX. Como María Victoria Atencia, andaluza del siglo XX, nacida en Málaga, que ha publicado una quincena de títulos, siempre de versos largos, llenos de música, perfectos en su emoción contenida, donde late lo sagrado. Es Premio Reina Sofía y son varias las antologías además de su obra completa. Genialogías reeditó *Marta & María* en 2016.

De Adrienne Rich, nacida en Baltimore, Maryland, aprendimos mucho en aquel libro *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Icaria 1983. Allí estudió y se afirmó el feminismo de los años 70-80 de todo el mundo. Ella acuñó en sus ensayos la frase “heterosexualidad obligatoria”. Fue, además de ensayista, madre y poeta. Su poesía completa llegó a España en 2016. Anne Carson nació en la mitad del siglo XX en Toronto. Poetisa también, hizo su tesis doctoral sobre Safo, la filósofa Simone Weil, y la mística Margarita Porete (S. XIII-XIV), autora de *El espejo de las almas simples*, quemada por hereja. También Maria-Mercè Marçal nació en la mitad del siglo y murió antes de cumplir los 44. Madre de una hija, fue pionera en escribir abiertamente del deseo femenino y el amor entre mujeres, o de la menstruación y la maternidad.

Emocionante y maravillada es la lectura de este libro, la gavilla de estas 22 escritoras-poetisas engarzadas como en un collar, una línea finísima que conjura y atraviesa el mundo, línea con ramificaciones, brazos, intersecciones, encuentros, deslumbres...

Reconocerse en ellas, en todas. Agradecerles haberlas tenido como modelos, como escritoras a descubrir y como maestras para aprender. Tomar conciencia de que las mujeres y lo femenino estuvo siempre en la escritura, en la poesía, a pesar de las leyes o las costumbres que las ninguneaban. E ignorar yo, hoy todavía, en dónde, de dónde extraje la noticia de esa primera poetisa-primer poeta del mundo que nos dejó su nombre, Enheduanna, allá en Mesopotamia, en unas tablas de arcilla, y que inaugura la historia de la literatura.

Por el gusto de estar en relación, por el deseo y la pasión de escribir. Como ellas, como todas. Por esa “relación sin fin” que ha acuñado María-Milagros Rivera Garretas, relación gozosa, no instrumental, que nos une más allá del espacio y el tiempo. Así sea.